

en sus manos se entrecocaban convulsivamente. De repente soltó una y otra y un momento después cayó de espaldas ante los ojos de Servian, en extremo sorprendido ante semejante desenlace.

## II

### La prueba nocturna.

Al ver desplomarse como una masa inanimada al fantasma del ropón rojo, salió Servian de su escondite, recogió la linterna, que en su caída no se había apagado, y, sin aparentar emoción, sino simplemente curiosidad, se acercó al personaje misterioso, que permanecía tendido sobre el césped. Con una mano palpó las ropas y se confirmó en la creencia de que el cuerpo que cubrían, aunque de muy fantástica apariencia, era en realidad de carne y hueso; y con la otra mano colocó la linterna ante el rostro del desconocido, á quien el repentino resplandor de la luz no hizo abrir los ojos y cuyo rostro, tan blanco como si estuviera pintado de yeso, conservó la fúnebre inmovilidad que caracteriza la faz de los difuntos.

—¡Cáspital, el aparecido se ha desmayado—se dijo Servian.—Parece que no esperaba mi contestación. Desearía, sin embargo, que recobrase el conocimiento; me inspira curiosidad saber si habla mejor que canta.

Después de haber recapitado un momento sobre los medios de dar fin á un desmayo que llevaba camino de prolongarse indefinidamente, recordó Servian que á algunos pasos de allí corría un arroyuelo cuyos caprichosos giros constituían uno de los principales atractivos del parque del señor Herbelin. Iluminándose con la linterna, á él se encaminó inmediatamente y sumergió en la fresca corriente un pañuelo que llevaba en el bolsillo. Regresando con igual presteza que á la ida, aplicó ese remedio improvisado sobre el rostro del hombre desvanecido, quien en el mismo instante entreabrió los ojos é hizo un esfuerzo para incorporarse.

Animado por este resultado, Servian retiró el pañuelo, que, debido al agua que lo empapaba, se había adaptado á las facciones del desconocido; y entonces vió, con sorpresa cercana á la estupefacción, que la sobrenatural palidez de aquél había milagrosamente desaparecido, dejando sólo

tal cual mancha blanquecina como vestigio de su existencia. Sin desconcertarse ante el nuevo fenómeno, Servian frotó rudamente con el pañuelo mojado el rostro del fantasma, quien, bien pronto reanimado por la helada fricción, dió un brusco respingo y se quedó sentado. Al efectuar este movimiento, el rojo capuchón que le envolvía la cabeza cayó sobre sus hombros y dejó al descubierto una morena y espesa cabellera, cuyos sedosos rizos hubieran merecido adornar la frente de una linda muchacha.

—Pero, ¿si es el loco de Félix!—exclamó Servian, aproximando de nuevo la linterna á los ojos del exfantasma, cuyo rostro lívido se había repentinamente convertido en la cara llena de salud de un guapo mozo de diez y ocho años.

—*Et lux... perpetua... luceat eis*—murmuró el joven con voz entrecortada.

—¿Estás loco, ó eres sonámbulo?—dijo Servian, quien, al observar la expresión de terror impresa en las facciones de su sobrino, perdió toda gana de reír y se sintió un tanto inquieto.

—... *luceat eis*—balbuceó por segunda vez Félix Cambier, paseando en torno suyo su mirada extraviada é imitando la entonación sepulcral

que su tío había empleado.—El muerto ha hablado... ¡Qué espantosas tinieblas!... El cosaco... Pero, ¿soy un espectro?... Quitá ese espejo...; que no vea ese rostro espantable... Prefiero que me fusilen como al cosaco... ¡Oh, mi cabeza! ¡mi cabeza! ¡Dios mío! ¿Iré á volverme loco?

Al decir estas palabras se llevó Félix las manos á la frente, que oprimió con fuerza, como para ahogar la demencia cuyos primeros accesos creía ya experimentar; después se dejó caer hacia atrás y pareció próximo á perder de nuevo el conocimiento.

Servian, cuya ansiedad habían recrudecido aquel lenguaje incoherente y aquella convulsiva pantomima, le retuvo en sus brazos y con voz suave, como la de una madre que habla con su hijo:

—Vuelve en ti—le dijo;—todo esto no era más que una pesadilla y ya estás despierto. Vamos, háblame y explícame lo que significa esta mascarada... Pero, ¡mírame!

El joven Cambier entreabrió los ojos y los cerró al instante con espanto.

—¿Es que no me ves?—continuó Servian.—¿Es que no conoces á tu tío?

—Cosaco..., espejo... *Lux perpetua*,—balbuceó Félix, dando diente con diente.

—Pero, ¡cáspita!, estás temblando—prosiguió Servian, que creyó oportuno utilizar la burla como recurso.—¡Cómo! ¡Un hombre hecho y derecho, un bachiller en letras, un guerrero que va á ingresar en Saint-Cyr, temblar como una chiquilla á quien se le habla del coco! No es mi sangre la que circula por tus venas. ¿Es que no tienes corazón? ¿Es que eres un cobarde?

Esta última palabra produjo un efecto mágico sobre el futuro oficial, que de un salto se puso en pie. Después de mirar en torno suyo con la expresión del hombre que sale de un sueño, fijó la mirada en su interlocutor, que á la sazón se dedicaba á recoger la linterna y el espejo.

—Señor Tonayrion—dijo con voz que, no el temor, sino la cólera, alteraba;—la broma será muy graciosa, pero á mí me resulta estúpida. Demostraré cuando usted quiera que no soy un cobarde y que usted no es más que un imbécil.

—¡Bravo, Félix!—exclamó Servian incorporándose.—¡Ya he encontrado á mi Cid! Es una suerte para mí no ser ahora el señor Tonayrion, porque veo que ibas á hacerme pasar un mal rato.

—¡Cómo! ¿Es usted, tío?—exclamó el joven, estupefacto al reconocerle;—¿es usted el que hace un momento me ha?...

—Asustado tanto; yo mismo.

—¡Asustado! Usted no me creará tan niño como para eso,—dijo Félix, ruborizándose hasta las orejas.

—¿Por qué negarte á reconocerlo? Los mayores héroes no están exentos de esa debilidad y sólo los fanfarrones pretenden no haber tenido miedo nunca. Pero, ahora que te veo repuesto del susto, ¿querrás explicarme qué significa la escena que acabas de representar? ¿Ha sido un acceso de sonambulismo? ¿Ha sido resultado de una apuesta? ¿O es que en casa del coronel se celebra un baile de máscaras?

Durante este diálogo, Cambier había acabado de recobrar su aplomo. Inclino la cabeza, confundido, y cuando la levantó, gruesas gotas de sudor humedecían su frente y dos lágrimas temblaban en el borde de sus párpados.

—Tío mío—dijo con entonación patética,—usted me ha demostrado siempre cariño paternal y estoy seguro de que no querrá ocasionarme una pena mortal.

—Ni siquiera una pena pequeña—respondió Servian afectuosamente.

—Pues bien; entonces, deme usted su palabra de honor de que no dirá nunca, á nadie en el mundo, una sola palabra de lo aquí acaba de ocurrir. Piense usted en que, si me niega lo que le pido, me siento capaz de todo.

—¡De todo! Eso es un poco vago; ¿de qué te sientes capaz en particular?

—De saltarme la tapa de los sesos—dijo Félix trágicamente.

—¡Diantre! ¡Nada menos que eso! ¿Y por qué, si es que haces el favor de decírmelo, quieres saltarte la tapa de los sesos?

—¿Por qué?—contestó el futuro alumno de Saint-Cyr, de cuyos ojos, semejantes á un cielo tempestuoso, brotaban á la vez lágrimas y relámpagos.—¿Me pregunta usted que por qué? Porque soy indigno de vivir; porque, á mis años, tengo menos corazón que un chiquillo; porque he merecido que me tilde usted de cobarde; porque soy un gallina, un poltrón, ¡UN NIÑO!—exclamó finalmente Félix, que, á modo de última y definitiva bofetada que propinarse, no encontró nada más enorme que la palabra *niño*, el vocablo más

ignominioso en todos los idiomas á los ojos de un hombre de diez y ocho años.

—¡Vamos! ¿Está bien que lllore un soldado?—respondió Servian, reprimiendo una sonrisa.—Vamos, sécate los ojos; te prometo no decir nada que pueda comprometer tu reputación.

—Es que, como usted comprende, tío,—continuó el héroe en agraz, un tanto tranquilizado con las seguridades que acababan de dársele;—si la señora Caussade supiera que he tenido miedo, se burlaría de mí desde por la mañana hasta la noche y á eso preferiría recibir un balazo en la cabeza.

La sonrisa que retozaba en los labios de Servian desapareció súbitamente.

—¿Por lo visto, tienes en mucho la opinión de la señora Caussade?—dijo á su sobrino, mirándolo con fijeza.

—A menos de carecer de alma, ¿cómo no he de tenerla?—respondió el joven con exaltación;—¡es tan hermosa, tan ingeniosa, tan burlona! ¡Tan encantadora cuando sonrío á una persona, tan terrible cuando la satiriza! Posee tan hermosos ojos negros, dientes tan blancos, un continente tan vivo y tan noble á un tiempo mismo, un ta-

BIBLIOTECA CALLEJA  
Apto. 2025 MONTECITO, MEXICO

lle tan seductor; ¡tanta gracia en cuanto dice, en cuanto hace!... ¡tantal...

—La señora Caussade es una mujer encantadora; lo sé desde hace mucho tiempo— interrumpió Servian con seriedad;— así, pues, huelga el entusiasmo. Y ahora, conviene que nos encaminemos á casa del coronel, porque no creo que abrigues, ni yo tampoco, el proyecto de tomar por cama la *Fosa del Cosaco*. De paso, vas á referirme el motivo de haberte encontrado en plena noche y en sitio semejante con ese grotesco equipo, que ha debido hacer morir de miedo á todas las lechuzas del parque.

—Usted sabe que en casa del coronel se vela hasta bastante tarde— contestó Félix, echando á andar al lado de su tío;— unas veces se juega al *whist*, otras se hace música. Esta noche se hablaba de fantasmas y de aparecidos. El coronel refería una aventura que le había acaecido en un cementerio, en Alemania. El señor Tonayrion, un fatuo á quien detesto por sus trazas insolentes, el guapo señor Tonayrion, se atribuía igualmente un papel en dos ó tres escenas de la misma clase, á cual más increíble. Únicamente yo, que carezco de imaginación para inventar hechos fa-

bulosos, nada tenía que referir; pero, como no me convenía parecer deslumbrado por las fantásticas proezas del señor Tonayrion, me tomé la libertad de poner en ridículo aquellas maravillosas aventuras, buenas cuando más para asustar á los niños. A renglón seguido me retaron á probar con obras la absoluta incredulidad que manifestaba. La señora Caussade me miraba con su maliciosa sonrisa, que tanto temo; parecía dudar de mi firmeza y conocía yo que deseaba ponerla á prueba. Usted seguramente comprende que, puestas las cosas en tal estado, aunque hubiera tenido yo que afrontar una batería cargada de metralla, me era imposible eludir el compromiso.

—¿Qué compromiso?— preguntó Servian, un tanto impaciente.

—Verá usted. Yo me obligaba, con el traje que llevo...

—¿Este hermoso ropón colorado? ¿De dónde has sacado espantajo semejante?

—Es una magnífica bata, estilo medioeval, que me hicieron en París aún no hace un mes— replicó Félix, algo picado al ver de qué irreverente manera se trataba á su prenda favorita.— Digo, pues, que se convino en que, vestido con

esta bata, que con el capuchón levantado tiene apariencias verdaderamente aterradoras, con el rostro pintado de blanco, con una linterna en una mano y en la otra un espejo en el que debía de mirarme constantemente, cruzaría el parque, que de aquí á la casa tiene, por lo menos, medio cuarto de legua de longitud, y vendría á cantar un versículo del *Requiem* sobre la tumba del cosaco. Para comprobar que he realizado la prueba hasta el fin, debo presentar un trozo de la corteza del plátano inmediato. Como en todo el parque no existe un solo árbol de esa especie, se consideró decisivo tal medio de prueba.

—¿Es la señora Caussade quien ha establecido los detalles de tan divertida broma?—preguntó Servian, con entonación reveladora de vivo descontento.

—La señora Caussade, el coronel, el señor Tonayrion, todos emitieron su parecer para hacer mis trazas lo más terroríficas posible. Queriendo de buena voluntad seguir la corriente, no sólo consentí en todo ello, sino que también puse algo de mi parte; á mí fué á quien se ocurrió la idea de pintarme de blanco la cara. Para acabar, una vez ataviado, me puse en camino. Al principio

todo marchó perfectamente. Oía detrás de mí el socarrón del coronel, la risa burlona de la señora Caussade, y yo mismo, al ver mi rostro enyesado, apenas podía conservar mi seriedad; más de una vez estuve á punto de echarme á reir. A medida que adelantaba, las bromas que desde el salón se me dirigían llegaban hasta mí más indistintamente. Poco á poco, llegué á no oír nada y me encontré solo en medio de la noche cerrada y de un silencio solemne. En vano aguzaba el oído, queriendo percibir algún ruido: ni un soplo de viento, ni el canto de un pájaro, ni el rumor que produce al caer una hoja seca. El parque entero estaba mudo como una tumba.

A pesar mío, la tristeza de esa tranquilidad absoluta y el espesor de las tinieblas en que me veía envuelto me hicieron experimentar entonces una inquietud indefinible. Avergonzado al darme cuenta de aquella emoción naciente, quise burlarme de ella y de nuevo empecé á reirme de mi cara, que no había dejado de contemplar en el espejo ni un solo instante del modo más concienzudo. Pero, probablemente, no era muy franca mi alegría, porque el infernal espejo me envió, en vez de una sonrisa, una mueca espan-

tosa. Entonces... ¿qué diré á usted?: una especie de vértigo se enseñoreó de mi imaginación; cuantas consejas de aparecidos lei en mi infancia acudieron en tropel á mi memoria. Recordé, sin quererlo, los terribles episodios de las más descabelladas novelas.

Las apariciones misteriosas cuyo relato acababa yo de oír perdieron toda su inverosimilitud. Mi imaginación se acaloraba más y más. Acabé por olvidar que se trataba de una apuesta, de una prueba, de una broma, en una palabra, y me pareció ser juguete de una de las visiones á las cuales no había querido dar crédito. La horrible fisonomía de la cual, por sortilegio diabólico, no podía separar la vista, me devoraba con los ojos y adoptaba una expresión cada vez más aterradora. Sin duda, la emoción, que yo trataba de avasallar, alteraba mi rostro, que, al reflejarse en el espejo, resultaba para mí mismo algo desconocido, sobrehumano y espantoso.

Medio loco, proseguí, sin embargo, mi camino, impulsado no sé por qué energía ajena á mi voluntad. Ya no pensaba ni me daba cuenta de mis actos; el espectro del espejo, que veía retroceder ante mí, me arrastraba consigo, sin que yo tuviera

energía suficiente para sustraerme á su influjo.

Lo que pasó en mi cabeza durante el resto del trayecto es un sueño como los que deben sufrirse en un manicomio y que me desquiciaría el cerebro si tratara de reconstituirlo en sus detalles. Llegué ante la *Fosa del Cosaco*, llevé á cabo maquinalmente lo que me estaba prescrito, arranqué el trozo de corteza y entoné el *Requiem*: lo recuerdo admirablemente. Después, una voz espantosa contestó á la mía y me hizo perder el escaso buen sentido que todavía conservaba. ¿Confesaré á usted mi debilidad, mi estupidez?; me pareció que acababa de cometer un sacrilegio y que el cosaco se alzaba en su tumba para castigarme. Sentí que perdía la cabeza y que se me helaba el corazón; después de esto, no recuerdo nada.

Servian había escuchado á su sobrino con expresión distraída.

—Es la misma de siempre—dijo, hablándose á sí mismo entre dientes, cuando Félix hubo terminado su relato;—irreflexiva, voluntariosa, exigente y sin reconocer más ley que su gusto, ni más regla que sus caprichos. Como los salvajes de que habla Montesquieu, cortaría el árbol por coger el fruto. ¡Qué lástima!

Ambos guardaron silencio durante algún tiempo; de repente, hacia el fondo de la alameda por que transitaban, divisaron una luz que venía hacia ellos.

—¿Será otro aparecido?—dijo Servian sustrayéndose á sus meditaciones.

—Es á mí á quien buscan—respondió Cambier con inquietud;—les habrá parecido que tardaba mucho y hasta quizás crean que no he podido realizar la apuesta. Tío, ¿recuerda usted lo que me tiene prometido?

—Tranquilízate—contestó Servian sonriendo;—si me preguntan, daré buenos informes de tu valentía.

—Búrlese usted de mí cuanto quiera, con tal de que las burlas queden entre nosotros—repuso Félix con apresuramiento;—delante de ella, sobre todo, ni una broma, ni una palabra, se lo suplico.

—*Delante de ella...* El colegial no gasta cumplidos—pensó Servian, á quien su sobrino desagradó en extremo sin darse cuenta de ello;—esa mujer le tiene sorbido el seso. Pero, ¿con qué derecho habría yo de darle una lección? A su edad, más que á la mía, es lícito estar loco.

En este intervalo, la luz que habían divisado se acercó considerablemente y bien pronto pudieron vislumbrar un grupo que se adelantaba hacia ellos. A la cabeza se encontraba un criado provisto de una linterna. Detrás de él el coronel Herbelin marchaba, marcando el paso militarmente y conservando regularmente las distancias, como hace el oficial de ronda con el porta-farol que le precede. En la misma línea, la señora Caussade, envuelta en un largo chal con el que se cubría la cabeza, andaba apoyada en el brazo del señor Tonayrion, quien, á juzgar por las frecuentes carcajadas que se oían, se esforzaba en entretener la alegría de su pareja.

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó el coronel con voz estentórea cuando los dos grupos estuvieron lo bastante próximos entre sí para oírse mutuamente.

—Dos fantasmas en lugar de uno—repuso Servian, con entonación no menos formidable.

—¡Eh! Si no me engaño, es nuestro amigo Servian—exclamó el señor Herbelin cuando, á la luz de las dos linternas reunidas, pudo examinar las facciones del nuevo huésped que se le deparaba y estrechando su mano cordialmente.

Devolvió Servian al coronel el amigable apretón de mano; después se inclinó silenciosamente ante la señora Caussade, quien, al reconocerle, se había ruborizado un tanto, y acabó por cambiar con el Sr. Tonayrion un saludo, igualmente seco por ambas partes.

—¿Quién diantre hubiera esperado el placer de ver á usted esta noche?—dijo el coronel, asiendo de un brazo á su amigo;—le hacía á usted en Italia. Por de contado, espero que habrá usted dado por terminados sus viajes. ¡Más de un año corriendo por esos mundos! Pero ya hablaremos de eso más adelante. En este momento tenemos que confesar á un fantasma. Vamos, Félix, ¡dos pasos al frente!

El joven Cambier obedeció el mandato y, llevándose militarmente la mano á la frente, presentó el trozo de corteza que arrancara al plátano.

—¡Bravo! ¡Bien por los jóvenes!—exclamó el coronel, riendo bondadosamente;—ya sabía yo que había de salir bien de la prueba.

—¿Esa corteza es verdaderamente de plátano?—preguntó la señora Caussade con burlona incredulidad.

—Señora...—dijo Félix ofendido.

—¡Vamos, bueno! No se enfade usted—continuó la joven.—Quiero creer que ha cumplido usted escrupulosamente las condiciones de la apuesta; pero, al menos, ha de confesar usted que ha pasado mucho miedo.

—¡Miedo, señora!—respondió Cambier, desconcertándose á pesar suyo.—Usted no cree lo que dice.

—Lo creo tanto más cuanto que en este momento se pone usted colorado—replicó la señora Caussade implacablemente.

—¡Que me ponga colorado!—dijo el alumno de Saint-Cyr, cuyo rostro pareció competir en color con su espléndida bata;—juro á usted, señora, que se engaña... Para despintarme la cara me he visto obligado á restregármela durante largo rato... Por eso parezco más colorado que de costumbre...; pero, en cuanto á tener miedo..., no soy un niño...; pregunte usted á mi tío...

Servian contestó con un malicioso signo á la mirada suplicante que le lanzaba su sobrino. Adoptando después la seria solemnidad de un testigo que declara ante la justicia:

—Rindiendo homenaje á la verdad—dijo,—

debo declarar que Félix ha desempeñado su papel de espectro con toda valentía. Creo que pocos hombres de su edad hubieran ganado sus espuelas de modo tan intrépido.

—Puesto que el señor Servian se presta á ser fiador del valor de su sobrino, este punto será para nosotros, de ahora en adelante, artículo de fe—contestó vivamente la señora Caussade;—el señor Servian es harto práctico en achaques de valentía para que su opinión no sea autoridad en la materia.

Estas palabras fueron subrayadas con tal expresión de mofa, que cualquiera, sin ser puntilloso con exceso, habría visto en ellas propósito ofensivo. En vez de mostrarse resentido, Servian sonrió.

—Usted me adula, señora—respondió con irónica molestia;—pero no puedo aceptar en serio sus elogios. Lejos de atribuirme una intrepidez heroica, debo confesar que, al divisar á Félix, he estado á punto de emprender prudentemente la retirada.

—¿Creyó usted, sin duda, que era un ladrón?—dijo la señora Caussade, articulando esta última palabra con afectación singular, como si con ella

aludiera á alguna circunstancia conocida tan sólo del hombre á quien se dirigía.

—No siempre me inspiran temor los ladrones—repuso Servian, acompañando la frase con una mirada que, sin duda, convirtió en contrariedad sus burlonas genialidades, toda vez que, en lugar de proseguir la conversación, volvió á asirse al brazo del señor Tonayrion y afectó no hablar más que con él.

Eran ya las doce de la noche cuando efectuaron su regreso á la casa. No tardó mucho el coronel en dar la señal de retirada encendiendo una palmatoria, y, en tanto que los demás hacían otro tanto, Servian se aproximó á la señora Caussade, ocupada á la sazón en cerrar el piano.

—Señora—dijo á media voz, con entonación seria en que se traslucía cierta emoción involuntaria,—opine usted de mí lo bastante bien para creer que no hubiera venido aquí si hubiese creído encontrarla. Toda vez que mi presencia le es á usted desagradable, diga usted una sola palabra y mañana, antes de que usted se levante, me habrá ausentado.

—Estoy en casa de mi padre y no en la mía—repuso la señora Caussade con frialdad un tanto

29773

BIBLIOTECA CALLEJA  
 "ALFONSO M. 123"  
 MEXICO

áspera;—aquí no tengo que dar órdenes á nadie; á usted toca, caballero, apreciar la mayor ó menor inconveniencia de su visita.

Dió fin la dama al diálogo con una ligera inclinación de cabeza y, despidiéndose de su padre, así como de sus huéspedes, salió del salón, donde pocos momentos después no quedaba nadie.

### III

#### El asalto á la diligencia.

Al siguiente día, antes de que la campana hubiera indicado la hora del desayuno, el señor Herbelin, á quien la lluvia había impedido dar por el parque su paseo cotidiano, se encontraba sentado en su alcoba, en donde ponía á mal tiempo buena cara con el auxilio de una larga pipa de espuma de mar.

Dos ó tres golpecitos rápidamente asestados á la puerta interrumpieron su agradable ocupación.

El coronel, como un colegial sorprendido haciendo novillos, se levantó; escondió la pipa, sin tomarse el trabajo de apagarla, en uno de los cajones de su mesa de despacho y abrió la puerta

acto continuo. En el dintel vió á su hija coquetamente ataviada con un lindo traje de mañana.

—Lo hubiera apostado—dijo la señora Causade, quien al entrar empezó por abrir las ventanas para dar salida al humo mal oliente que llenaba la habitación.—¿Cuándo querrá usted corregirse de tan fea costumbre? Merecería usted que se le arrestara.

—¡Arrestarme por haber fumado un cigarrito!—respondió el coronel, con el acento de sumisión familiar á los padres que miman á sus hijos.

—¡Un cigarro! ¿Cree usted que no conozco por el olor su horrendo tabaco de hebra? ¿No es así como se denomina ese veneno? Andese usted con cuidado, porque si alguna vez llego á poner la mano en la pipa...

Furtivamente el señor Herbelin quitó la llave del cajón en que había ocultado el cuerpo del delito y se la echó al bolsillo.

—Vamos, Estela, no gruñas—dijo con entonación cariñosa;—te prometo no usar más que los cigarros del señor Tonayrion; esos los toleras; así, pues, levanta mi arresto y ven á darme un beso.